

De conspiradores y mitógrafos: entre el mito, la historia y el hecho estético

Salvador Rueda

I

El 21 de octubre de 1950, frente a una mesa improvisada dentro de la iglesia de Santa María de la Asunción en Ichcateopan, al norte del estado de Guerrero, un pequeño grupo de científicos tomaba notas y se preparaba a mostrar sus materiales de trabajo. Puede adivinarse cierta solemnidad en el ambiente: se esperaba la llegada de un importante personaje, que si bien poco podía decir en los terrenos de la ciencia, su palabra era de mucho peso en el de las ideas y, sobre todo, en el de las maneras de transmitirlas y darles validez. Era, sin duda, un genio del lenguaje.

La mesa se armó en la reducida nave de la iglesia, muy cerca de donde, un año antes, en septiembre de 1949, se había descubierto un extraño entierro bajo el altar mayor. Algunas cajas de cartón que guardaban cerca de un centenar de huesos humanos cuidadosamente separados y tipificados por médicos legistas y especialistas en anatomía, se dispusieron con algún orden sobre la superficie blanca de la mesa junto con el infaltable microscopio.

Una fotografía descubre a los protagonistas en el siguiente acto: ante un esqueleto magramente armado, el ilustre visitante, armado de papel y carbón, dibujó la silueta de un individuo robusto, de 1.75 de estatura. El estudio de los dientes y la fortaleza de algunos huesos escogidos se ajustaban a una imagen preconcebida por el artista: se trataba de un hombre, de alrededor de 25 años de edad en el momento de su muerte, con una seria lesión en el pie, según la deformidad del calcáneo, probablemente resultado de severas quemaduras. El dictamen de los científicos, sin embargo, indicó que el hombre debió medir 1.70; el asunto, de cualquier modo, pasó inadvertido, pues lo importante era su proporción estética: fornido, más alto y de mejor presencia que su supuesto victimario.

Los huesos que armaban el esqueleto no eran más de 60 piezas, casi todas fragmentadas. Pero la imaginación y la habilidad del dibujante —y tal vez la fe— harían el resto. La fotografía se tomó cuando el invitado, el pintor Diego Rivera, terminaba uno de sus bocetos: su tarea fue, ni más ni menos, develar la forma física que debió tener Cuauhtémoc, el último tlatoani mexica y primer héroe del nacionalismo mexicano, que se decía fue encontrado bajo el altar mayor de la iglesia local. Alrededor de Rivera atestiguaron el hecho la historiadora Eulalia Guzmán y Salvador Rodríguez Juárez, des-



Las fatigas del criminalista Quiroz Cuarón y del pintor Diego Rivera se dirigen a la re-creación de la historia nacional, a la re-fundación de sus mitos y a la construcción visual de sus héroes —y, de paso, de sus villanos. El hecho histórico y el hecho estético serían, entonces, los pilares de una historia que conciliaba la dureza de un pasado trágico con el presente de un país todo promesas. Era, en fin, la estructuración del mito moderno de la patria.

cubridores del entierro y de una bizarra tradición que, se sostuvo, era tan antigua como la conquista española, el antropólogo físico Anselmo Marino y el profesor Liborio Martínez, anatomista afamado, y una docena de lugareños.

La fotografía también descubre una ausencia notoria: la del criminalista doctor Alfonso Quiroz Cuarón, uno de los responsables de la reconstrucción del esqueleto y del dictamen pericial sobre los restos óseos. Quiroz, defensor de la tesis de Eulalia Guzmán, aseguraba con vehemencia que el entierro de Ichcateopan era el del último tlatoani mexica. Tal vez era importante que el criminalista no estuviera en Ichcateopan cuando Diego Rivera bocetara a su Cuauhtémoc: perdería contundencia el efecto discursivo de las opiniones del médico forense y del lenguaje plástico del artista ideólogo si se relacionaba abiertamente la vecindad de los dos personajes. Pero ambos, sin duda, conspiraban; y quizá con ellos, también, Eulalia Guzmán. Lograr la aceptación de la imagen armónica de Cuauhtémoc era parte de una tarea tan urgente como compleja: las fatigas del criminalista Quiroz Cuarón y del pintor Diego Rivera se dirigen a la re-creación de la historia nacional, a la re-fundación de sus mitos y a la construcción visual de sus héroes —y, de paso, de sus villanos. El hecho histórico y el hecho estético serían, entonces, los pilares de una historia que conciliaba la dureza de un pasado trágico con el presente de un país todo promesas. Era, en fin, la estructuración del mito moderno de la patria.

II

A principios de 1949, una nota aparentemente ingenua de *El Universal* inició esta curiosa historia de la mitografía. Los titulares del diario atrajeron la curiosidad: “Yace Cuauhtémoc en la serranía de Guerrero. Rumor de que fue hallado un manuscrito de Motolinía. El lugar sería Ixcateopan.” La noticia tenía, sin embargo, un dejo de escepticismo:

Teloloapan, Gro., 7 de febrero de 1949. El día 4 del presente mes, un señor apellidado Rodríguez, vecino de Ixcateopan, encontró un importantísimo documento manuscrito del padre Motolinía, según el cual se pretende haber localizado el sitio en que fue sepultado Cuauhtémoc.

El hecho, se supo después, pudo ser conocido gracias a que el señor Salvador Rodríguez Juárez, sin saber bien a bien el valor del documento que casualmente había encontrado detrás de un santo del altar doméstico, lo enseñó al cura local, David Salgado. Éste sospechó su importancia y se encargó de hacerlo público. El suceso pasó, en pocos meses, de ser una nota inverosímil a “verdad incontrastable”.

El 17 de febrero, después de una presión periodística más o menos fuerte y quizás ante la más poderosa insistencia del gobernador de Guerrero, Baltasar Leyva Mancilla, la conocida historiadora y arqueóloga Eulalia Guzmán fue comisionada por el Instituto Nacional

de Antropología e Historia para ir a Ichcateopan y rendir un informe sobre el asunto. La lista de los documentos que motivaron el viaje de la profesora Guzmán, cuatro de ellos con la firma supuesta de Motolinía, llamaban a la incredulidad:

- El libro *Destierro de ignorancias*, publicado en la segunda mitad del siglo XVIII, con anotaciones al margen y la firma imaginaria de Motolinía.
- Documentos varios con firmas imaginarias de Motolinía.
- Carta Pastoral del arzobispo Núñez de Haro y Peralta, publicada en México en 1777.
- *Cartas eruditas*, de Feijóo.
- Expediente auténtico de un pleito entre el pueblo de Ichcateopan y la hacienda de Zacatlán.
- Cuadernos de Florentino Juárez, abuelo de Salvador Rodríguez Juárez, entre ellos uno denominado “Instrucciones de Dn. Florentino Juárez a sus hijos al dejarles en guarda los documentos referentes a Cuauhtémoc”, en las que advertía:

Copio estos documentos tal como están y escribo a mi modo de entender estos secretos para que se conserben por el peligro de la revolución, y si llegare a caer estos documentos en manos de los revolucionarios, sean unos y los otros, yo les ruego encarecidamente no los rompan, pónganlos en manos de las autoridades civiles, militares, o en manos de los señores curas; esto es interesante y se viene hablando de una carta viva que dejó en los indios un padre misionero.

Un papel blanco serrado con hilo es el más interesante, que yo no entiendo ni sé de esto; guardo por acuerdo de los ancianos mayores de este pueblo quien se hizo enemigo acérrimo de los hijos de Ichcateopan. Mi padre Amado Juárez me entregaron estos documentos acompañados de más ancianos que me hablaron de un papel blanco que está pegado; éste es interesante y da los datos de todo.

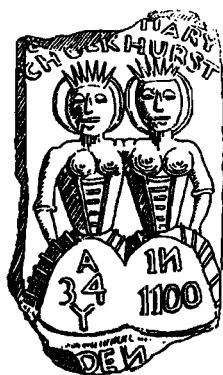
Vocabulario críptico que era, sin embargo, obvio: lo ininteligible escondía claros signos al posible lector, a quien dirigía a escrutar sólo alguno de los documentos. Pero el anacronismo de las firmas y la misma instrucción, de cripticismo inocente, llamaba a la duda. Todo señaló que se trataba de una falsificación de documentos, quizá elaborada por Florentino Juárez hacia finales del siglo XIX. Con seguridad, Eulalia Guzmán lo sabía desde la primera mirada; sin embargo, nunca se pronunció en su contra.

Varios meses de estudio de los libros y papeles que Rodríguez Juárez le proporcionó llevaron a la profesora Guzmán a iniciar una investigación arqueológica en la iglesia del pueblo. En septiembre, siguiendo las indicaciones escritas, la comisionada del INAH mandó derribar el altar de estilo neoclásico de Santa María de la Asunción. Después de levantar un acta y hacer algunas calas, encontró los restos de varios sacerdotes enterrados en el interior del templo. Sin darse por vencida, en otra cala, a medio metro de profundidad, encontró varias piedras amontonadas; ordenó que las levantaran y

Lo ininteligible escondía claros signos al posible lector, a quien dirigía a escrutar sólo alguno de los documentos. Pero el anacronismo de las firmas y la misma instrucción, de cripticismo inocente, llamaba a la duda. Todo señaló que se trataba de una falsificación de documentos, quizá elaborada por Florentino Juárez hacia finales del siglo XIX. Con seguridad, Eulalia Guzmán lo sabía desde la primera mirada; sin embargo, nunca se pronunció en su contra.



Lo importante fue el gesto, es decir, la acción y la actuación de la profesora Guzmán, y la manera como dicho gesto fue recibido por los habitantes de Ichcateopan. Apeló a la fe. El respeto por lo escrito en una comunidad casi analfabeta y el hecho de que los documentos llevaran a una tumba eran garantía suficiente para que se argumentara su autenticidad.



entonces un fuerte olor invadió la nave de la iglesia. El acta del día asentó el prodigio:

apareció una placa ovalada de cobre en declive hacia el Este, a medio enterrar en una tierra carbonosa, que contenía en su mayor parte fragmentos de hueso calcinado [...] Sacada la placa, se distinguió sobre la superficie gris una cruz y al pie de ésta la inscripción 1525-1529 Rey é S Coatemo. Abajo del óvalo, atravesada de NE a SO, estaba una punta de lanza, de cobre.

Ese día, 26 de septiembre de 1949, Eulalia Guzmán declaró públicamente haber descubierto la tumba de Cuauhtémoc. Horas después, valga la acotación al margen, Salvador Toscano, el historiador que pudo poner en duda la posibilidad de que el Cuauhtémoc de Ichcateopan fuese necesariamente el tlatoani mexica, moriría en un accidente aéreo.

Por la tarde, Eulalia Guzmán convocó al pueblo. Se reunieron en el atrio de la pequeña parroquia. La profesora Guzmán salió con la placa oval y la punta de lanza; mostró los objetos de la tumba dirigiéndose a los cuatro puntos cardinales. Una famosa fotografía y una crónica periodística dan testimonio del cuidado de sus movimientos: se hizo rodear de los hombres más ancianos del pueblo y tuvo a su lado al joven antropólogo físico Anselmo Marino. Lo importante fue el gesto, es decir, la acción y la actuación de la profesora Guzmán, y la manera como dicho gesto fue recibido por los habitantes de Ichcateopan. Apeló a la fe. El respeto por lo escrito en una comunidad casi analfabeta y el hecho de que los documentos llevaran a una tumba eran garantía suficiente para que se argumentara su autenticidad: los papeles de Rodríguez Juárez, a pesar de la evidencia de su manufactura tardía, eran verdaderos, defendería Eulalia Guzmán hasta su muerte casi treinta años después. Pero había que dar explicaciones; se preparó, entonces, la interpretación de la impostura.

El día 27 llegaron a Ichcateopan el gobernador del estado de Guerrero, general Baltasar Leyva Mancilla, y el representante de la comandancia militar de la zona. Una crónica periodística explica el ritual que le siguió:

los distinguidos visitantes fueron recibidos por el pueblo y las autoridades, y otra vez las muchachas lugareñas les pusieron al cuello hermosos collares de zempazuchitl, de los que se despojaron al estar frente a la tumba para colocarlos sobre ella como simbólica ofrenda.

La profesora Guzmán puso en manos del gobernador una pequeña cuchara de albañil para que con ella levantara la placa cuadrangular que servía de base al enterramiento. Justo homenaje al funcionario y al hombre que auspició moral y económicamente la exploración que tan espléndido resultado había tenido.

Luego todos montamos guardia. Al terminar ésta, el general Baltasar Leyva Mancilla dijo: "Esto está completamente claro", refiriéndose a la autenticidad del hallazgo.

El aval político había sido pronunciado. Entonces la historia se reinterpretó: se añadieron datos al último capítulo de la conquista y se inventaron los mecanismos que los guardaron en secreto. A partir del 27 de septiembre de 1949 el mito fundacional de la nacionalidad mexicana sería enriquecido con elementos agregados: el héroe Cuauhtémoc dejaba de ser un oscuro tlatelolca; su nueva biografía, completada por la verdad de Ichcateopan, lo hacía casi un predestinado. El pudor de un fraile, Motolinía, y el rechazo secular de los indios a los explotadores españoles y sus descendientes, mantuvieron en resguardo privado esa "otra" parte de la historia. Pero ahora debía ser pública; y públicos serían los medios de su difusión.

El aval político había sido pronunciado. Entonces la historia se reinterpretó: se añadieron datos al último capítulo de la conquista y se inventaron los mecanismos que los guardaron en secreto. A partir del 27 de septiembre de 1949 el mito fundacional de la nacionalidad mexicana sería enriquecido con elementos agregados: el héroe Cuauhtémoc dejaba de ser un oscuro tlatelolca.

III

Pocos años antes, en noviembre de 1946, en la iglesia de Jesús Nazareno anexa al Hospital de la Concepción de la ciudad de México, un descubrimiento semejante al de Ichcateopan había causado algún revuelo entre los intelectuales mexicanos. En una pequeña caja, a un lado del altar del templo, se localizaron los huesos de Hernán Cortés. Más allá de la razonable sospecha de que fueran o no los restos del conquistador, el estudio de los antropólogos físicos y de los médicos forenses mostraba a un individuo notable más por sus defectos físicos que por su buena complexión. De hecho, magnificados, esos defectos eran nada dignos del conquistador de México. Un individuo de 1.58 de estatura, de aproximadamente 63 años, con capacidad craneana no muy grande y con cabeza pequeña y afeminada por la incuria del tiempo. Una osteitis de probable origen infeccioso que anquilosó el brazo derecho, fue causa de una evidente deformación de las rodillas y del pronunciado arqueado de las piernas. Aunque en el dictamen antropológico se aseguraba que tales deformaciones no se debieron a tuberculosis ni a sífilis, sino que era simplemente "raquitismo de los viejos", y por tanto adquiridas a edad avanzada, la aseveración fue convenientemente hecha a un lado con un inconfesado anacronismo: la imagen de un Hernán Cortés siempre senil, sifilítico y monstruoso en el momento de la conquista (cuando tenía alrededor de 34 años) fue creada y propagada por el doctor Alfonso Quiroz Cuarón, retomada por Diego Rivera y trasladada, con su estilo propio, a los murales de Palacio Nacional y del Teatro de los Insurgentes, pintados entre 1949 y 1951. El argumento del doctor Quiroz pretendió, para evitar que se le acusara de parcialidad y de contaminación ideológica, basarse en estudios científicos y deslindarse de las investigaciones historiográficas. Él cumplía con su papel en la conspiración: el de explicar las formas físicas de los protagonistas de la historia, formas que se difundirían plásticamente y serían fáciles de adjetivar y reconocer; en la parte final de su dictamen escribió:

Nuestro trabajo llega a su fin; insistimos que ha sido un trabajo de naturalista totalmente alejado de ideas preconcebidas y que con la frialdad de la ciencia nos ha conducido a establecer



Rivera y Quiroz se tomaron la libertad, en su reconstrucción del mito de la historia patria, de castigar a los muertos. El conquistador fue rebajado a un ser patológico y repugnante; como contraparte, Cuauhtémoc debía elevarse de la simple calidad humana tanto por el tamaño de su tragedia como por su tamaño estético.

La oportunidad, otra vez, la daba el estudio de los restos humanos; Ichcateopan brindó, entonces, los argumentos para edificar desde sus cimientos la nueva historia.

algunas concordancias de hechos anatomo-patológicos con un padecimiento de Hernán Cortés. Valorar las acciones de este pequeño hombre, si fueron grandes, buenas y en ocasiones perversas, corresponde a las técnicas de las ciencias históricas y no al biólogo.

Rivera y Quiroz se tomaron la libertad, en su reconstrucción del mito de la historia patria, de castigar a los muertos. El conquistador fue rebajado a un ser patológico y repugnante; como contraparte, Cuauhtémoc debía elevarse de la simple calidad humana tanto por el tamaño de su tragedia como por su tamaño estético. La oportunidad, otra vez, la daba el estudio de los restos humanos; Ichcateopan brindó, entonces, los argumentos para edificar desde sus cimientos la nueva historia. No fue una sencilla ocurrencia que, encima de un Cortés tan inverosímil como cruel, entre la Malinche que aconseja y un fraile que bendice, Diego Rivera pintara en el mural de Palacio Nacional a un hombre de buenas proporciones físicas colgado de cabeza: recuerda la muerte de Cuauhtémoc que plásticamente registró el autor indio de la *Tira de Tepexpan*.

IV

El último y desconocido capítulo de la conquista fue elaborado desde Ichcateopan. Había que establecer la relación entre Cuauhtémoc y el pequeño pueblo del norte de Guerrero. Eulalia Guzmán y algunos otros historiadores explicaron que, de acuerdo con los documentos y la tradición oral del pueblo, Cuauhtémoc había nacido en Ichcateopan en 1501. Su madre, Cuayauhtitali, era hija del señor de ese lugar, de linaje texcocano pero sometidos por Moctezuma Ilhuilcamina. Se escribió que:

Revelada Ichcateopan contra el yugo mexica, fue vencida por las fuerzas que envió la confederación México-Tezcoco-Tlaxcopan, bajo el mando de Ahuizotl. Cuayauhtitali, juntamente con su padre, cayeron prisioneros y fueron llevados a Tenochtitlan. Allí la conoció el príncipe Ahuizotl, hijo del tlatoani Ahuizotl, y casó con ella. De ese matrimonio nació Cuauhtémoc, quien fue el "iris de paz" entre ambos señoríos.

Cuauhtémoc fue educado en la capital mexica y luego enviado a gobernar su tierra natal. En 1519, ante las noticias del desembarco de los tercos hombres blancos y barbados, fue llamado de regreso a Tenochtitlan. En este punto del relato, la historia, aceptada hasta antes de 1949, retoma su hilo para volver a romperlo al explicar la expedición de Cortés a Las Hibueras: Cuauhtémoc fue ajusticiado junto con un fraile y nueve señores mexicanos en Itzacnac; se le quemó la cabeza antes de ahorcarlo. Permaneció más de trece días colgado de cabeza —como lo indica la *Tira de Tepexpan* y como lo pintó Rivera en el Mural del Palacio—, hasta que un grupo de fieles, encabezados por Tzilacatzin, lo descolgó, envolvió el cadáver en tilmás finas y hojas aromáticas, y lo llevó a Ichcateopan. Cuarenta

jornadas tardó el viaje hasta el palacio de sus abuelos maternos, donde fue sepultado. En diciembre de 1529, llegó a Ichcateopan fray Toribio de Benavente, Motolinía, quien enterró los huesos en el lugar donde luego fundó la iglesia de Santa María de la Asunción. Junto con los restos del señor indio, Motolinía dejó las señales para su futuro descubrimiento: la placa de cobre, la punta de lanza y, finalmente, la narración del suceso y el lugar de la sepultura.

También se explicó el enlace entre el pasado y el presente, entre 1525-1529 y 1949. Por lo que toca a los documentos y su anacronismo, se dijo que “en base a la anotación hecha en la carta pastoral de 1777” de Núñez de Haro y Peralta, “en ese año se hicieron las copias por una persona no muy experimentada”, es decir, las copias dieciochescas de documentos “perdidos” del siglo XVI. En cuanto al depositario de la tradición, herencia familiar, fue el original poseedor de los documentos, Salvador Rodríguez Juárez. Se dijo entonces que “los descendientes de los guardianes del secreto dejaban a sus hijos los documentos que a su vez habían recibido de sus mayores, agregando por escrito sus recomendaciones personales y además repetían de palabra a sus hijos todo lo que recordaba que le hubieran dicho sus padres acerca de aquellos acontecimientos”. En su caso, Salvador Rodríguez Juárez había recibido documentos y secreto de su abuelo, Florentino Juárez, autor además de los cuadernos con las instrucciones que harían posible llegar a la tumba bajo el altar. De esta manera, en la construcción de la impostura, Rodríguez Juárez paso de ser quien encontró unos papeles que luego mostró al cura David Salgado, a ser depositario de una tradición familiar heredada de padres a hijos, poseedor de una sabiduría antigua con la que legitimó a cierta nobleza india viva (los Moctezuma Chimalpopoca) y desconoció la de sus oponentes pueblerinos. Por cierto que Rodríguez Juárez, bautizado desde entonces “carta viva” de la tradición de Cuauhtémoc, fue el único de su familia que parecía conocer el secreto, ya que ninguno de sus hermanos —uno de ellos jefe de la guardia local en ese 1949— supo del asunto antes de que el cura Salgado lo hiciera público.

V

En un lúcido texto sobre imposturas famosas en España, el historiador Julio Caro Baroja afirmó que, “generalizando... cuando una sociedad está preocupada por algo que se da en su tiempo con notas muy distintivas y fuertes, ese algo, sea material o sea espiritual, produce falsificaciones”. Esa preocupación en el México de mediados del siglo XX era la identidad de lo mexicano. Y tal era en su raíz el motivo de la conspiración fraguada en Ichcateopan, que inventó la historia de un héroe cuyo pasado individual era desconocido. Eulalia Guzmán aprovechó la coyuntura política para hacer un acto nacionalista a sabiendas de que los documentos que la guiaron hacia la tumba eran falsos; Alfonso Quiroz Cuarón y Diego Rivera pudieron vengar la muerte de Cuauhtémoc, a casi cuatro siglos de distancia, al interpretar métrica y plásticamente las formas físicas del héroe y del anti-héroe del momento fundacional del México mestizo.

Esa preocupación en el México de mediados del siglo XX era la identidad de lo mexicano. Y tal era en su raíz el motivo de la conspiración fraguada en Ichcateopan, que inventó la historia de un héroe cuyo pasado individual era desconocido. Eulalia Guzmán aprovechó la coyuntura política para hacer un acto nacionalista a sabiendas de que los documentos que la guiaron hacia la tumba eran falsos.



Se ubicó en ese sitio una serie de hechos inexistentes para destacar la importancia del lugar, al tiempo que se destacó la importancia del falsificador como “depositario de la tradición” y único conocedor real del mito fundacional. Identificar la impostura fue una tarea sencilla; denunciarla en voz alta e imaginar sus causas profundas fue una labor más ardua.

Pero la eficacia conspiradora no se sostuvo mucho tiempo. Las características mismas de la falsificación, de cualquier falsificación en la historia, fueron la fuente de su inconstancia y luego de su olvido. El mismo Caro Baroja distingue patrones comunes de las falsificaciones, entre otros, el “descubrimiento” de documentos con una temporalidad que se pretende temprana, “forjados para acreditar derechos”, o el del afán de “heroificar” y “personalizar” la historia de los orígenes de algún grupo, ciudad o nación. Ichcateopan sería un ejemplo claro: se ubicó en ese sitio una serie de hechos inexistentes para destacar la importancia del lugar, al tiempo que se destacó la importancia del falsificador como “depositario de la tradición” y único conocedor real del mito fundacional. Identificar la impostura fue una tarea sencilla; denunciarla en voz alta e imaginar sus causas profundas fue una labor más ardua.

Pues muchos dudaron desde aquel septiembre de 1949. Una comisión de investigadores fue enviada a Ichcateopan y, “después de ocho horas de trabajo, dictaminó que en la tumba había huesos de alrededor de cinco personas, y que ninguno pertenece a Cuauhtémoc”, según escribió con cierta ironía Quiroz Cuarón. Por su lado, Eulalia Guzmán organizó a otro equipo de especialistas, mismo que durante años apoyaría su tesis. En él participaron José Gómez Robleda, Luis Chávez Orozco, José A. Cuevas, Alejandro von Wutheneau, Carlos Graef Fernández y Marcos Moshinsky, entre otros. También recibió apoyos tan disímiles como inútiles desde el punto de vista erudito, desde los médicos de la Escuela Médico Militar, hasta el de Diego Rivera, el de varios gobernadores guerrerenses y presidentes de la República.

Los resultados de las investigaciones del grupo pro-descubrimiento fueron publicados en el libro *La supervivencia de Cuauhtémoc*, de Ediciones Criminalia, en 1951. Libro clave aunque casi desconocido de la mitografía mexicana del siglo XX, acompañaba editorialmente a trabajos publicados sobre códigos penales, delincuencia infantil, crímenes de masas y crímenes de Estado. Esto no debe sorprender: la construcción cotidiana de la nación cubre dos planos, el del mantenimiento del orden social con la delincuencia como límite, y el de la interpretación del pasado, de la historia y de la mitología. Ediciones Criminalia, bajo la dirección del doctor Quiroz Cuarón, cubría esa vez los dos planos.

La agria polémica entre los defensores de la validez del descubrimiento y los que la negaban muy pronto se convirtió en odio académico y en impugnación ideológica. Diego Rivera llegó a pedir, en un desplante que le era muy propio, que se fusilara por la espalda, por traición a la patria, a quienes no aceptaban la tesis de la profesora Guzmán. Dolidos pero firmes, los miembros de la Comisión que declaró la impostura se sostuvieron e intentaron olvidar los ataques sufridos contra su ética profesional. El dictamen final del historiador Silvio Zavala, entonces director del Museo Nacional de Historia, resume el sentimiento y la prudente delicadeza con que se manejó el asunto:

Creo que es oportuno separar con nitidez —decía Zavala en su escrito— la admiración y el respeto que sentimos los mexica-

nos por la figura de Cuauhtémoc del problema netamente científico que consiste en establecer la autenticidad del hallazgo de los restos de Ixcateopan, logrado por Eulalia Guzmán con innegable tesón e indiscutible probidad, y apoyado con altura de miras y patriotismo por el culto gobernante del estado de Guerrero, general Baltasar Leyva Mancilla.

Llamado a opinar en el caso en virtud de haber recibido una comisión oficial a ese respecto, pude examinar en Ixcateopan los documentos que se relacionan con el hallazgo, y mi impresión es que ni el contenido ni la letra de los documentos corresponden al siglo XVI.

Esta impresión personal puede ser equivocada, ya que todos estamos expuestos a errar aun en asuntos de nuestra propia profesión, por lo cual, y dada la importancia del caso, creo que debiera recogerse la impresión de otros historiadores y paleógrafos para llegar a conclusiones que estén al margen de cualquier escrúpulo.

En el mecanoscrito de su dictamen, Zavala opinó que los documentos falsos fueron elaborados por Florentino Juárez entre finales del siglo XIX y principios del XX. Además, se permitió una licencia que tachó para la versión impresa. La nota diría así:

Gracias a esa potente y colorida imaginación, han quedado asociados a Ichcateopan tanto Cuauhtémoc como Motolinía y San Juan Clímaco [...] [y sospechamos que de no haber mediado el obstáculo cronológico, hubiera incluido también a Diego Rivera] y por inexcusable consecuencia otros nombres de nuestros días.

VI

Permítaseme aventurar una explicación de las razones de los conspiradores mitógrafos Eulalia Guzmán, Alfonso Quiroz Cuarón y Diego Rivera, y de los falsificadores Florentino Juárez y, cincuenta años después, su nieto Salvador Rodríguez Juárez.

La impostura de Ichcateopan buscó afirmarse en la dudosa veracidad de unos documentos, en la fama del personaje escondido y encontrado, y en la glorificación del acontecimiento final de la conquista. El mito patriótico, creador de identidad, marcó entonces su novedoso rumbo a contrapelo de las señales definidas por la historia aceptada. La clave inicial está precisamente en que la falsificación parecía prolongar la historia con la extensión que cubría los puntos oscuros de la biografía de Cuauhtémoc. Se les inventó. Pero el asunto no se reduce a los extremos efectos de una simple falsificación: su objetivo original era elevar la importancia política de un pueblo en la sierra norte de Guerrero, pero su desenlace lo convirtió, brevemente, en el sitio del nacimiento del primer héroe patrio. Se convirtió, pues, en un mito de origen. No sin lógica, por supuesto: el mito es espejo de la realidad, diría Joseph Campbell; y su función principal es reconciliar a la conciencia del hombre con el misterio tre-

Se convirtió, pues, en un mito de origen. No sin lógica, por supuesto: el mito es espejo de la realidad, diría Joseph Campbell; y su función principal es reconciliar a la conciencia del hombre con el misterio tremendo del universo. La historia imaginaria de Cuauhtémoc en Ichcateopan pudo desenvolverse porque concilió al nacionalismo con la contingencia histórica.



mendo del universo. La historia imaginaria de Cuauhtémoc en Ichcateopan pudo desenvolverse porque concilió al nacionalismo con la contingencia histórica.

Así pues, este intento de mitificación nació de la necesidad y de la audacia. Necesidad de consolidar la identidad nacional, de tener una explicación de lo que somos y hemos sido, por un lado; y de la necesidad de defender lo propio, por el otro. De este modo, la urgencia de un mito de origen nació de fuentes distintas para mitógrafos y para falsificadores. Para los mitógrafos nacionalistas, su causa fue tan azarosa como el descubrimiento de la tumba en el altar de la iglesia de Santa María de la Asunción de Ichcateopan: el descubrimiento de los restos de Cortés en otra iglesia, la del Hospital de Jesús. Y no dejaron escapar la oportunidad.

Para los falsificadores, en cambio, las coyunturas políticas propias de su pueblo los llevaron a inventar y sostener su impostura: don Florentino Juárez y su sobrino José Jaimes —otra “carta viva”, según un documento— eran los hombres prominentes de la localidad durante la segunda mitad del siglo XIX. En la década de 1890, cuando el vecino pueblo de Izcapuzalco se erigió como municipio al separarse de Ichcateopan, ambos personajes eran autoridades municipales y se opusieron a la independización jurídico-administrativa de los izcapuzalcenses. En esas fechas, al parecer, urdieron la trama del mito y fabricaron los documentos y el entierro que lo respaldarían, en colaboración con el cura local. Pero se atravesó la historia, que evitó que la impostura fuera conocida por el gobierno de Porfirio Díaz. Finalmente, la violencia revolucionaria llevó al olvido la falsificación. Cincuenta años después, por azar, el nieto de don Florentino, Salvador Rodríguez Juárez, encontró los documentos y ocupó el lugar de “última carta viva” que debía corresponderle al autor de la impostura, su abuelo. Con el tiempo, incapaz de sostener sus opiniones ante los eruditos, quiso corregir dudas y apuntalar aseveraciones. No sin ingenuidad se dispuso a seguir el camino de su antecesor: hacia 1976, con el nuevo revuelo mitográfico de Cuauhtémoc y sus consiguientes odios académicos, continuó la falsificación de documentos, incluido ahora un códice. Como muchas otras sonadas falsificaciones, ésta se armó con todos los elementos que la hacían inverosímil: documentos firmados por personajes del siglo XVI en papel del siglo XIX, un códice-plano indígena sin el menor parecido con los documentos pictográficos indios, personajes “decisivos” en la autenticidad de la historia salidos de la imaginación del falsificador, modernización del relato histórico, etcétera. Pero sí existió, sólo por unos meses, el mismo elemento que en 1949 hizo posible que el relato de Ichcateopan fuera atendido: había quien quería creer. La bizarra historia de Cuauhtémoc como príncipe de Ichcateopan fue un frustrado mito de origen, pero sin duda sí logró resolverse en una exitosa mitografía.